

Las Cartas Nigrománticas
Ignacio Ramírez



Las Cartas Nigrománticas
Ignacio Ramírez



Las Cartas Nigrománticas

Ignacio Ramírez

Todos los derechos reservados por el autor.
Registro en trámite ante la Dirección General
de Derechos de Autor de la SEP.

Primera edición:

Victoriano Salado Álvarez
Establecimiento Editorial de J.Ballezca y Co.
México, DF. 1902

Primera edición facsimilar:

Colección Episodios Nacionales T 6 págs. 367- 486
Fondo de Cultura Económica
México, DF. 1984

Primera reimpresión, 1986

Segunda reimpresión

H. Ayuntamiento de Mazatlán 2008-2010

Creativos7editorial:

Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales
Culiacán Rosales, Sinaloa, México
C.P. 80230 Tel. 01667-4556615
e-mail: creativos7editorial@hotmail.com
Biblioteca digital de Historia Sinaloense
Diciembre 2009

Diseño editorial:

Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

MATERIAL CON FINES ACADEMICOS

Los libros hacen hombres libres.

Hecho en Sinaloa-México

Printed in Sinaloa-México

Índice

Las Cartas Nigrománticas

De don Ignacio Ramírez (El Nigromante) a don Guillermo Prieto (Fidel).....	1
Del mismo al mismo.....	5
De don Guillermo Prieto (Fidel) a don Ignacio Ramírez (El Nigromante).....	13
Del Nigromante a Fidel.....	25
De Fidel al Nigromante.....	33
Del Nigromante a Fidel.....	43
Del mismo al mismo.....	47
Del mismo al mismo.....	57
Del mismo al mismo.....	61
Del mismo al mismo.....	65
Del mismo al mismo.....	69



De izquierda a derecha:
Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez y Benito Juárez



Las Cartas Nigrománticas

1

De don Ignacio Ramírez
(El Nigromante)
a don Guillermo Prieto (Fidel)

Durango y julio de 1863.

Fidel muy querido: Al fin puedo tenderme un poco, si no a reposar, cosa que de seguro no lograré en muchos días, si a reconocer el sitio y averiguar dónde me encuentro: Como las accidentadas de comedia puedo repetir aquello de ¿En dónde estoy?, pues lo cierto es que un nombre, un nombre geográfico más o menos sonoro y evocador de memorias, le dice pocas cosas al cerebro cuando el mismo cerebro no es quien ha guiado al cuerpo en su peregrinación.

¡Qué carrera, Fidel mío, qué carrera tan espantosa, tan sin interrupción! He corrido más que tú, más que Manuel Ruiz, más que Zamacona, más que Lerdo, más que Zarco, más que toda la comisión permanente y ¡admírate, hombre de poca fe! Más que el propio don Benito; y aquí me tienes en esta tierra de Ginés Vázquez, del cerro acerado y de las muchachas de dientes amarillos; aquí me tienes en

1



esta tierra en que *cuatro reales vale un chango* y en que te encuentras los alacranes metidos no sólo en las hendiduras de las camas y entre los ladrillos y sobre las paredes y adornando los muebles, sino también entre las hojas de los libros y entre los labios de las mujeres, y hasta enroscados a su propia lengua.

¡Es mucho Durango este!

¿Qué cómo llegué aquí? Es muy fácil...de contarse, aunque no tanto de llevarse a cabo.

Pues señor, que se anunció la entrada del maldito Forey, que creíamos iba a permanecer alejado de nosotros por meses y hasta por años, supuesta la valerosa defensa que tú y tus amigos y los amigos de tus amigos tenían organizada. ¡Cómo me reía de la cara del pobre barrigón y de la manera que se pelaría las barbas de coraje, viendo que después de la encerrona de Puebla venía otra encerrona en México, tras las murallas y con elementos mejores que los que habían tenido los pobres soldados de Ortega! Pero en su sabiduría estratégica dispusieron ustedes otra cosa, y no hubo más que obedecer.

Todo andaba mal por México; los afrancesados sin disfraz, muchos neutrales y muchísimos que habían probado su ardiente republicanismo denunciando casitas de manos muertas y obteniendo adjudicaciones ventajosas, todos, se pusieron de parte de los franceses aclamándoles y celebrando su llegada como la de los salvadores de la patria, como la de los autores de nuestra emancipación. Y no sólo andaban allí los Lazpitas, los Salas, los Castro y los Galicias más o menos Chimalpopocas, sino también los Schiaffinos, los Mathieu de Fossey y los Mirandas, aquel Pascual Miranda de quien tú has dicho:

2



*Pascual Miranda, grandote
hermoso cuerpo gentil;
su aspecto así, mujeril,
a pesar de su bigote.
Quiso hacerse liberal
y lo tomó por lo serio;
después se pasó al Imperio
robándose un dineral.*

Y como yo no soy pillo para meterme con los mochos, ni soy tonto para irme del lado de los empleados que acaudilla don Benito, ni tengo dinero para declararme gente de arraigo y cortesano de todos los regímenes, me decidí a marcharme por mi lado; y a fin de que nadie adivinara ni llegara a percatarse, y ni aún conociera el aroma de mis combinaciones estratégicas (que es lo que hay que ver), salí de México poquito a poco, con un bastón en una mano y la otra libre para poder ir señalándome las distancias adonde pensaba llegar. Los paisajes ante los cuales había de extasiarme y otras cosillas que me importaban mucho.

Llevaba andada buena parte del camino, pues ya veía las lomas de Tacubaya y la casa de Escandón, cuando un alma caritativa, cubierta por el cuerpo gordo y chaparro de un viejo compadre mío, me quitó el báculo, me subió en un caballejo que llevaba del diestro y me entregó sable y revólver (que en caso ofrecido me propongo vender al mejor precio, pues ya que como armas ofensivas no puedo utilizar esos chismes, los utilizaré como armas defensivas..... contra el hambre)



Y así, caballero en mi matalón, salí del Distrito Federal decidido a defender la patria. Mis aventuras, mis penas, las gentes con quien me encontré y los riesgos que corrí, materia será de otra carta que no tardará en escribirte tu amigo.

El Nigromante



Catedral Metropolitana de la Ciudad de México



Mazatlán y agosto de 1863.

Guillermo nunca olvidado; ya te figurarás por qué salí de Durango. Pasaba por los alacranes y por el dejito de la tierra y por el calorcillo tórrido que enerva y disgusta: por lo que no podía pasar era por la amenaza de un periódico de Pancho zarco. Llegó el hombre a su país completamente resuelto a acabar con la gabachería, y para el efecto pensó en fundar o fundó (ya que todos los malos agüeros se realizan sin falta) un periodocote que se llama o se llamaba o se llamará *La Acción* y yo, naturalmente, emprendí el vuelo y me escapé antes que ver que se hiciera o cooperar a que se hiciera (pues ya me había convidado para formar parte del *cuadro* de redactores) acción tan mala y espantosa.

De México salimos cientos y tantos, hombres, mujeres, muchachos, todos, en fin, los que tenían vergüenza (*quorum minima pars fui*) o que tenían temor de que el nuevo huésped no fuera con ellos tan generoso como el antiguo. Camino de Toluca me encontré a nuestras valientes tropas. Hijo, ¡qué desconsuelo, qué pena, qué horror! Los pobres muchachos sufriendo la disentería, pereciendo del tifo, muriéndose de hambre y del cansancio y desertándose a millaradas.



¿Y qué querías que hicieran los pobres, si no tenían sueldo, ni rancho, ni vestuario, ni nada, y cuando sus jefes, óyelo bien, aquel Rangel y aquel Garay que anunciaban que iban a comerse al jefe francés y su oficialidad, se quedaron en México a pasearse por las Cadenas en compañía de sus excelentes familias, en las noches de luna?

Don Juan José de la Garza me resultó el marracho más guapetón que ha nacido de entrañas femeninas, y fue menester que llegara Porfirio Díaz, ese chico en quien tengo depositadas tantísimas esperanzas, para que concluyera aquella fuga y aquel pánico. Porfirio mandó fusilar a unos pocos insubordinados, y aunque le rogamos a favor de los reos algunos humanitaristas que hemos leído a Víctor Hugo, él se estuvo firme, y a nosotros nos mandó a paseo y a los rebeldes a la eternidad.

En cambio de estos pobretes que creyeron posible seguir el ejemplo de sus jefes, ¡qué espectáculo nos ha dado esa terrible chinaca brava, que es la admiración, el terror y asombro de las gentes! Había chinacos de grandes barbas, de inconmensurables sombreros jaranos, de caballos bailadores, de voces descompuestas y ríspidas y de hazañas más ríspidas y descompuestas que las voces. Unos se llamaban *Guías de la República*; otro *terror de los franceses*; otros *Mata-zuavos*; otros, *Los amigos de la muerte*; y mezclados con todos ellos unos cuantos chicuelos generosos, patriotas y de vergüenza, que serán los que se estén a pie firme y mueran honradamente cuando ya ni el polvo se vea a los de las barbotas.

Ya sabes que el pobre *Nigromante* es muy desgraciado en sus predilecciones: se inclinó a La



Llave, y murió como tú y yo sabemos y como yo no quisiera morir, trágica, innoble, oscura, misteriosamente... Se inclinó a Patoni y resultó que Patoni era un réprobo a quien había que perseguir... por razones que no se tardará en conocer de pe a pa.

Pero *El Nigromante* no descansa en su tarea de buscarle un caudillo a la patria; debo de tener trasconejada, entre la escasísima sangre española que me tocó en suerte, alguna gotita de sangre vizcaína de la más reconcentrada y esa maldita gota me obliga a ser tan terco y tan posma como tú me conoces. Por eso he inventado un jefe que, o lleva nuestros ejércitos a la victoria, o me obliga a quitarme el nombre, el apellido y el remoquete.

Ya te veo debatirte, fruncir las cejas, estirarte los pelos, quitarte los anteojos y gritarme:

-Pero, ¿quién demonios es ese caudillo? ¿Pertenece a los pocos iturbidistas que nos quedan? ¿Es liberal? ¿Es conservador? ¿Peleó en el Gallinero con Moctezuma? ¿Traicionó a Santa Anna? ¿Politiqueó con Couto? ¿Conspiró con el padre Miranda? ¿Sufrió zurras de Degollado? ¿Corrió con Miramón? ¿Estuvo en Puebla con Ortega?

Y yo, con la peor intención del mundo, te respondo:

- No, Fidel gobiernista; no, Fidel, honrado; no, Fidel sincero; no, Fidel súbdito espiritual y temporal de don Benito, no tiene mi hombre ninguno de esos timbres de gloria, pues si alguno tuviera dejaría de ser mi hombre. Este ni se ha pronunciado nunca contra la libertad, ni ha politiqueado en los pasillos de la Cámara, ni tomó parte en el Tratado Mc Lane, ni denunció fincas nacionalizadas, ni disfrutó de



prebendas, ni es escéptico, ni codicioso, ni ladrón, ni bellaco. Ni tiene nada de lo que ahora se necesita para figurar dignamente en los partidos... Tiene valor, tiene civismo, tiene habilidad, tiene talento, y (asómbrate, hijo) tiene amor a México y cree en que ha de triunfar.

Ya me figuro, estarás pensando que mi hombre es algún *homúnculo* que como Wagner en el poema de Goethe, acaba de salir de la retorta diciéndome: *Quiero andar, quiero moverme.*

No hay tal: el hombre estaba ya inventado; ya había nacido y yo no tengo más que presentártelo: se llama Antonio Rosales.

¿No te dice nada este nombre? Claro que no, pues su dueño nunca hizo antesala en los ministerios, ni te escribió cartitas zalameras pidiéndote por amor de Dios un empleíto, ni te ha llamado nunca genio, ni ladrón, ni mártir, ni salvador de la Patria (así, con mayúscula) como si la Patria fuera el eterno don Benito, única persona a quien tú has salvado. Y como tú no conoces más que a tus aduladores y a tus detractores. De seguro ignoras a Rosales o piensas que es algún ente de razón que he inventado para chancearme. Rosales es zacatecano, nacido en Juchipila, pueblo que mil veces me ha descrito, situado en una garganta de montañas que parecen un escupitajo de la naturaleza contra el cielo en los días en que la nebulosa terrestre era algo así como la república mexicana astronómica, un país constantemente pronunciado que aguardaba para entrar en quietud el enfriamiento y la solidificación –cosa que aguardamos nosotros en unión de un prójimo que empuñe el gran palo y le esgrima contra todo el mundo.



Rosales estudió en el seminario de Guadalajara y allí se instruía en el *trivium* y el *quadrivium* cuando oyó el clamor de la patria, desgarrada por la terrible e inícuca invasión americana. Salió Rosales a la defensa de nuestra madre común y luchó con gloria en Palo Alto y la Resaca, y al concluir aquella maldita guerra se metió a su casa sin pedir que le dieran ningún entorchado, ni prebenda, ni diploma, ni cruz. ¿Raro el hombre, verdad?

Le dio por periodista, cosa que no abona su sentido práctico; y allí me lo tienes redactando *El Panderito*, periodiquín satírico, y escribiendo versos que no llegan a medianos, en compañía de aquella pléyade tapatía que tú cantaste en una de tus odas más bellas. Vino a radicarse a Sinaloa, y aquí fue nombrado Secretario de Gobierno, tomando parte en todas las batallas que se han librado contra la mochería.

¿Te ríes porque llamo batallas a encuentros en que toman parte Cajén, o Lozada o Calatayud?

Pues, ¿qué otra cosa fueron muchas de las batallas de griegos y romanos, las de las ciudades italianas de la Edad Media y las de nuestros antepasados los mexica, que a lo más se disputaban una legua de terreno o algún bosquecillo?

Desde que se anunció la invasión francesa, Rosales no ha descansado en su tarea de disciplinar, disponer, corregir, animar, enardecer y levantar estas regiones y para mí, es el jefe de más prestigio que existe aquí, como espero lo será pronto en el resto de la República. Un solo rasgo suyo te dará idea del hombre.

No hace mucho ancló en las aguas de este puerto un vapor inglés de buen porte. Los



marineros, conforme es en ellos vieja costumbre, se emborracharon y riñeron entre sí y con los perdularios del puerto, negándose a pagar lo que habían consumido en la taberna de la pendencia. El cantinero, que no tiene por los extranjeros el grande y terrible respeto que sienten González Echeverría o Doblado, mandó dar una soberana paliza a los marineros.

Saberlo el capitán del vapor inglés y ponerse hecho un demonio de ira, fue todo uno: pateó, juró, prometió, alzó las manos al cielo y acabó por pedir una satisfacción a las autoridades del puerto. Como no le contestaron tan pronto como quería, apresó la goleta mexicana *Reforma* y a remolque se la llevó al costado de su barco, haciéndose a la mar enseguida.

Los ojalateros, que abundan aquí como en todas partes, pusieron el grito en el cielo declarando que aquello era un ultraje a la nación, -cosa que nadie ponía en duda, -que los ingleses se prevalían de su fuerza, -en lo cual hacían muy bien, ya que esa es una ley universal, -y que no era posible rescatar la goleta porque no teníamos elementos, -teorema indudable que iba teniendo el cariz de axioma.

Y cuando todos gritaban no se qué leyes internacionales, y de respeto al pabellón, y de necesidad de no dejar pasar aquello sin castigo, un mocetón delgaducho, de cabellera alborotada, cargado de hombros, un poquito bisojo, un poquito inclinado de cabeza, con una barba a lo Juliano y una pelambra que parece un *mal país*, se alzó y dijo con sencillez:

-Yo rescataré la goleta.

-¿Usted, Rosales? Le preguntó Corona con asombro.

-Yo.



- ¿Y en qué barco?
- En el *Colón*.
- ¡Pero si es una cascarita de nuez?
- En efecto; por lo mismo no pienso llevar mucha gente.
- ¿Quiénes le acompañarán a usted?
- Granados y otros dos oficiales.
- Haga usted lo que quiera.

Y puso en sus manos la orden para exigir la entrega de la *Reforma* y una explicación por los agravios.

Los ingleses se alegraron al ver que se acercaba un vaporcito que les hacía señales, y dejaron pasar a los intrépidos expedicionarios.

-Viene usted a darme la satisfacción que solicité, ¿no es así?

-Si señor, vengo a traérsela a usted.

-El proceder de los mexicanos fue verdaderamente irregular e indigno.

.Vengo a traerle a usted la satisfacción, siempre que usted me devuelva la goleta que apresó arbitrariamente y faltando a la equidad, a la razón y a todos los usos internacionales, y que me de en cambio de la nuestra, otra calificación por su incalificable atropello.

-¿Y si me rehusara?

-Tendría que tomar otras providencias.

-Puede usted tomarlas.

-Mira, le dijo a Granados, baja a toda prisa y préndele fuego a la Santa Bárbara, mientras yo le prendo fuego a este inglés arbitrario.

Y luego, creyendo que vacilaba, le ordenó:

-Mejor yo seré quien vuele la Santa Bárbara,



y tú quién te encargues de este sujeto.

El inglés había permanecido sin pestañear, fumando un habano y sorbiendo a tragos una copa de *old sherry*; pero al ver tan determinados a los oficiales les dijo satisfecho:

-Son ustedes unos valientes: llévense la goleta.

Les trató a cuerpo de rey, les dio de comer y beber, fraternizó con ellos, canjeó sus excusas con las que Rosales llevaba escritas, y allí tienes al expedicionario volviendo a Mazatlán con la goleta *Reforma*, trabajosamente remolcada por el *Colón*. Cuando la gente vio todo eso se quedó abismada y sin comprender cómo había podido realizarse tan tremenda hazaña.

-Es que llevaba la resolución de traerme el barquito o de que me mataran, respondió Rosales con sencillez.

Con que ya puedes notar que, por lo menos el valor, anda a una altura que ya quisieran todos los Garzas del mundo.

Adiós y hasta la otra.

El Nigromante.





3

De Don Guillermo Prieto (Fidel)
a don Ignacio Ramírez
(El Nigromante)

Monterrey, Mayo 1864

Nacho mío de mi corazón:

*Cuenta formal la leyenda
que hubo un cura muy ladino
muerto por armar contienda
por los chismes del vecino.
No le faltaba un taco,
pero le sobraban penas;
y oye, Paco,
murió por cuitas ajenas
el cura de Jalatlaco.*

Dispensa que me arranque por peteneras antes de empezar la contestación de tus cartas; pero la verdad es que tú y yo estamos de esta suerte por imitar con tantísima fidelidad al señor cura de Jalatlaco, de dulce memoria.

Tú, empeñado en buscarle el pelo al huevo, andas dando tumbos y desbarrancándote en aquellos precipicios más llenos de misterios que la cueva de Montesinos; yo, en medio de este calor y de estos arenales y de estos riesgos diarios, acaricio la idea de reconciliarles a ustedes, a ti y a don Benito, cosa



que me figuro tan fácil que todo será ponerlos frente a frente para que se den un abrazo. Lo único difícil es ponerlos frente a frente.

De todos estos brincos, de todas estas huidas, de todas estas peregrinaciones, sólo una cosa me duele: el alejamiento de México. ¡Si yo tuviera aquí los jorongos de mis leperitos, la cuera de gamuza con brichos, la chaqueta rabona, la faja roja, el calzón apretado, el tacón con herraduras! Y luego, ¡las mujeres, las legítimas peladas, las chinas!, no las encuentras aquí ni para remedio. Yo toleraría todas estas cosas si tuviera por lo menos una de aquellas.

*Con la pestaña arriscada
y los ojos al dormir;
que no se atranque por nada;
mire usted que es buen decir...
De breve cintura
que arroja la sal,
que envidie hasta el cura
mujer tan cabal.
Zagalejos de mascadas
con sus vivos de listón
con las puntas enchiladas
y zapatos sin tacón...
Cuando se terció el rebozo
dan ganas de estornudar...
¡qué brazos para retozo
Santo Niño de san Juan!...
Nadita de guante,
Mangote ni un chis;
carnita flamante
que no hay en París.*



*Su risa es de par en par
para enseñar su marfil,
¡Oh, y quien pudiera al pasar
una mordida pedir!
Y no son sus dientes
juzgados de Dios,
que nada postizo
conoce el amor.*

Ya sabrás que el famoso padre Miranda, el eterno pronunciado, el conspirador eterno, el que imaginó el Imperio, murió después que acababa de conseguir una canongía como premio a sus afanes. Le acompañaron en el último trance seis o siete obispos que le despacharon con todas las reglas de su arte. Yo creo en la Providencia (bien sabes que no soy ateaista como tú); pero a veces se me ocurre que tal señora podía anticipar un poco ciertas cosas. Nada menos, ¡cuántas calamidades se habrían evitado si el Señor carga con el bueno de don Francisco Javier por los fines del año de 1860!

La muerte del simpático tonsurado me inspiró la siguiente:

ELEGIA

*Venid, moscos, chacales, zopilotes,
sauces llorones, fúnebres cipreses;
gatas austríacas, cárabos franceses.
Ancianas de bigotes,
sepultureros, parcas y gemidoras,
y en coro funeral lloremos juntos
la gran traición. Pasóse a los difuntos*



*¡Ay de nosotros! El doctor Miranda.
¿Quién pudo imaginar que tan travieso,
tan vivo, tan chistoso,
con tal sagacidad y tanto seso
se le ocurriera el pensamiento ocioso
de largarse al imperio de los muertos?
¿No ha sido éste el mayor de los entuertos?
¿Quién correrá desde Poniente a Oriente
con gracioso disfraz de carbonero
llevando al retortero
a la más refinada policía?
Lloremos ¡ay! en tan menguado día.
¿Quién puede reemplazar tanta destreza
y aquella actividad más que de ardilla,
ni su fecunda y pícara cabeza?
Era del sansculote pesadilla,
Mercurio de roquete y solideo,
Maquiavelo de tiara y de sotana
que por zurrarle a Juárez la badana
hubiera ido a las aguas de Leteo.
Más que columna fue polín de Salas,
el ídolo del clero,
su Pegaso, su Fígaro, su Palas,
Sin el prosaico antojo de morirse,
hoy fuera confesor de la devota
Emperatriz Carlota;
y habría llegado a ser, si no se escapa,
patriarca, obispo, cardenal y Papa.
A su lado Pelagio era un enano,
Barajas una triste chuchería,
un átomo Munguía,
feto de un mes el célebre Sollano,
y el padre Covarrubias un bendito*



*que junto al gran Miranda valía un pito.
 Mas ¡ay! acontecióle lo que al loco
 que le tocó la grande en un billete;
 cobró la lotería,
 que fue de su existencia el solo antojo
 y tuvo tal exceso de alegría,
 que al tocar las talegas cerró el ojo.
 La aurora se eclipsó de un hemisferio,
 la hoguera se apagó, la luminaria
 de toda la manada reaccionaria.
 ¡Llorad, llorad, oh momias del Imperio!*

Porque lo tendremos, sí; tendremos Imperio,
 queriéndolo o no, y tú y yo y los que como nosotros
 piensan quedaremos en minoría.

*Pues, señor, es cosa hecha;
 tendremos Emperador.
 Habrá corte a la francesa
 con sus nobles comme il faut.
 En que figuren unidos
 Mathieu de Fossey, Bonhomme,
 Zermeño, Márquez, Taboada
 y Méndez y Miramón.
 Será la modista Hortensia
 sin duda dama de... honor,
 y las escueleras Vázquez
 dejarán de dar lección
 y en vez del Padre Ripalda
 leerán las gentes de pro
 los libros entretenidos
 del alegre Paul de Kock.
 Por supuesto que tendremos*



*una brillante legión
 de austríacos, ya decididos
 a dar pruebas de valor casándose
 con las viejas que quieran la intervención.
 Porque sólo intervenidas
 por un milagro de Dios,
 hallarán las tales momias
 quienes les hablen de amor.*

*Vendrán de París las modas,
 los libros, la ilustración,
 cocineras a bandadas,
 peluqueros de a montón.
 Se ordenará a los chicos
 olviden el español,
 y que hasta las beatas recen
 en la lengua de Dantón.
 Aprenderán las muchachas
 el cancán fascinador
 y habrá cosas... Dios eterno,
 que no puedo decir yo.*

*Almonte será ministro
 y Lozada... ¿por qué no?
 ¿No ha sido Salas regente?
 Pues ninguno ha de ser peor.
 De moralidad no se hable,
 pues cuenta la intervención
 a Dupín entre sus jefes,
 a Barrés como escritor.*



*Pretenderá Labastida
que haya mucha procesión;
volverá el padre Munguía
a publicar su Razón:
no volverá la Estaffete
a decir de buen humor
lo que dijo con acierto
de aquel periódico atroz.*

*-El Imperio, por supuesto,
ha de tener su impresor...
¿quién será? ¿Será Cumplido?
¿García Torres? ¡Qué se yo!
Pero ha de ser sin remedio,
uno de ellos o los dos.
-Ya tienen en Rafael Castro
un magnífico escritor,
que escribirá por dinero
la historia de esta cuestión
en el indigesto estilo
de aquel emborronador
que siente con el estomago
y no con el corazón.*

*-¿Poetas? ¡Vaya si tienen!
Ya verá el Emperador
cómo maneja Segura
el bello idioma español.
-Nada les falta;
la corte va a ser una bendición;
ha de ser allí la vida
una vida de primor.*



El nuevo régimen anda arañando la cubierta en busca de nobles que contribuyan a dorar la situación. ¿Quiénes serán los tales nobles? ¿Será el chato Salas? ¿Será don Teodosio lares, prez de los reaccionarios santurrones? ¿Será Barrera o de la barrera, como ahora se llama? ¿Será Márquez, asesino de niños, mozo de la Zozaya y fiera de profesión? ¿O será aquella maldecida bruja, ideal de Concha y Apodaca, memento del canónigo Lazpita, triste desliz del lego Maturana? Yo sólo se que:

*Bailando están las chicas
que viven sin amor,
rabiando por un novio
de la legión de honor.
Al ver en Sánchez Facio
tan bella distinción,
no hay un viviente garfio,
no hay un recaudador
de esos que en los caminos
propagan la invasión.
Que no se envidie a Moreno,
a Gener y a Bonhomme,
que de fijo son cruces
de la legión de honor.*

*De Bonilla se cuenta
que en un tiempo en que le empleó
Santa Anna, ni el tintero
de plata hubo perdón;
también cierta cebada
de Guatemala y ¡oh!
cuando jugando a espadas*



*los juegos del amor
su suegro triunfos de oro,
vivaz le barajó...
Una cruz a Bonilla
de la legión de honor.*

*Márquez el asesino,
que al mundo horrorizó
es (chúpense los dedos)
Señor Comendador;
bien pudiera de diablos
formar una legión,
pero es el compañero
de Bazaine y Morau.
Su pecho ¡oh noble pecho!
Nido de la traición,
¡Magnífico
de la legión de honor!*

*Ya Saligny la obtuvo;
de entonces con furor
redobla el chato Salas
sus besos al alcohol;
de Barrés tiene envidia...
de ajenjo un botellón
agota cada noche
después de puesto el sol.
Dénle una cruz que penda
de un grueso salchichón,
en cognac conservada
o que la riegue el ron,
y Baco hará un saludo,
de paz y bendición*



*al ver esos dos tunos
en la legión de honor.*

*Gálvez, el compañero
De Neigre, está feroz
de ver que sus hazañas
no obtienen un favor:
Si hay pícaros con cruces,
por más me tengo yo.
Y mis amigos claman:
Le sobra la razón.
Él y Chávez que se unan
en la legión de honor.*

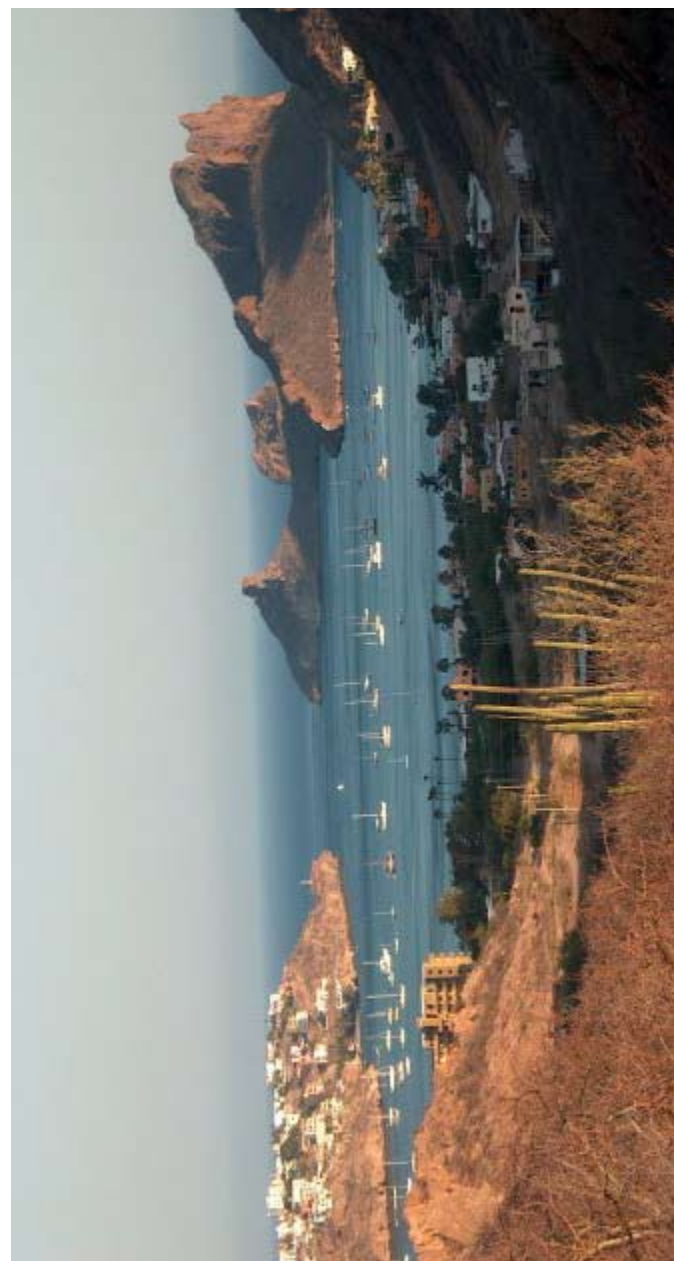
*Conozco cierta vieja
que anda de sol a sol
tras zuavos y argelinos
con incansable ardor...
Y lleva a dos de sus hijas
con ellos sans facon.
Alguno, que alarmado
peligros advirtió
de cosas que se pierden
una vez y dos no,
escuchó esta respuesta
que frío lo dejó:
-No le hace... serán cruces
de la legión de honor.*

*Si quieren de esas joyas
vestir a Napoleón
y que se despotrille
el austriaco de amor,*



*si quieren un muñeco
tan fatuo cual ladrón,
de mico la cabeza,
de hiena el corazón
Miguel Arroyo es digno
de la legión de honor.*

*De Salas y La Vega,
la Fraunfeld y otras dos
de aquesas que a Carlota
darán un tocador...
Proporcionarlo pueden...
Conténgame el Señor,
pero decirles puedo,
jurarles puedo yo...
que esas y sus amigas
saben tanto de primor,
y que en achaques de honras
es tal su perfección,
que un calvario merecen,
de la legión de honor.*





Del Nigromante a Fidel.

Mazatlán y marzo de 1864.

¿No había vaticinado, Fidel de mi alma, que por aquí habría algo famoso? Pues lo hubo; pero no como yo pensaba, promovido o sostenido por Rosales, sino causado por otros excelentes muchachos, que han tenido la habilidad y la suerte necesarias para darle un buen achuchón al orgullo francés.

Hace como tres semanas que llegaron aquí Gaspar Sánchez Ochoa, a quien dejó cojo de la pierna derecha un proyectil de San Javier; Miguel Quintana, un chico más valiente que un león africano; Cleofas Tagle y Marcial Benítez, electos oficiales del Cuerpo de Ingenieros, y algún otro que ahora no recuerdo. Procedían del ejército de Uraga y habían corrido más peligros de los que te puedes imaginar: iban a una jornada de distancia del camino de Ghilardi, y cuando este honrado y valiente general cayó en manos de sus enemigos, fue fusilado y apenas pudieron los ingenierillos de mi historia escaparse y atravesar la sierra de Durango. Aquí en cuanto se les vio llegar empezaron los chismitos y las intrigas; unos decían que la misión de los militares era destronar al Gobernador, don Plácido Vega; creían otros que venían mandados por don Plácido y otros pensaban que don Benito en persona les había dado amplios



podere para hacer y deshacer por este rumbo.

Entre si eran galgos o podencos, los soldaditos empezaron a fortificar el puerto y a arbitrarse recursos y tropa. El ramo de recursos andaba por las nubes; don Plácido se había llevado casi todo cuanto había aquí, y en cuanto a tropa, solamente para guarnecer a Mazatlán se necesitaban seis mil hombres.

Sánchez Ochoa y sus compañeros no se ardraron por tan poco; siguieron en sus tareas, y cuando ya todo empezaba a estar listo, se supo, cabalmente el miércoles santo, que aparecía por Puerto Viejo una fragata francesa, *La Cordeliere* con seis cañones por banda, seiscientos hombres de tripulación y otros tantos de desembarco. Desde el Muelle hasta la Marisma y desde el Astillero hasta la garita de Tierra, todo Mazatlán, se conmovió al anuncio de lo que iba a ver. Y lo que vio fue lo siguiente:....

Pero antes que te diga lo que vio, déjame que te describa *el teatro de los sucesos*, como dicen no sé si Guillermo Valle o Guillermo Shakespeare.

Mazatlán, con sus 18,000 habitantes, su fama legendaria, su proverbial riqueza y sus bellezas naturales, es, sin disputa, la ciudad más interesante de Estado de Sinaloa, a pesar de que, en cierto sentido, le dispute Culiacán ese puesto. Emporio del comercio marítimo de Occidente, la falta de vías terrestres de comunicación y su consiguiente aislamiento han mermado un poco su importancia mercantil, sin que deje ésta de ser muy alta ni de aventajar mucho a su rival sonoreense, Guaymas, que le supera en condiciones naturales. Mazatlán no las tiene como puerto; los buques anclan a varias millas de la costa, y el tráfico de pasajeros y carga se hace por medio de



lanchas, pangos y un vaporcito remolcador. Aún en estas condiciones, el paso de la barra, cuando la mar está picada, es peligroso, y en los recios temporales, cuando las olas azotan con furia la playa (espectáculo imponente y encantador) son frecuentes los naufragios de los barcos que no han podido alejarse oportunamente de la costa.

El caserío de la ciudad, visto desde el mar, principalmente por el lado de las Olas Altas, presenta un aspecto encantador, tendido a lo largo de la ribera, sobre la falda del pintoresco lomerío. Dentro de la ciudad el aspecto cambia completamente. Las calles son estrechas, sucias y torcidas, y exceptuando la iglesia nueva, torpe y ridícula imitación del estilo ojival, y algunos edificios comerciales modernos, carece enteramente de construcciones notables.

Lo que llama la atención del viajero e impresionablemente, es el movimiento que se nota en la ciudad, sobre todo en los barrios comerciales y las cercanías del muelle. Mazatlán es, esencialmente, una población de trabajo, y entre aquel ir y venir de peatones y carruajes no se nota esa miseria y abandono de nuestro pueblo, que tan dolorosa impresión causa en la mayor parte de las ciudades del interior de la República. El pueblo es limpio, alegre, bullicioso y desconoce por completo la miseria. El alto comercio cuenta con varias casas millonarias, y su contacto mercantil con San Francisco de las Californias ha desterrado de estas gentes la apatía y el odio al trabajo que caracterizan a los moradores de las tierras calientes. Hay en este pueblo algo muy particular: Así como el día lo consagran exclusivamente al trabajo, la noche la dedica a la juerga y al holgorio. A las nueve



de la noche, casinos, cantinas y billares se hallan llenos de parroquianos, entre los cuales abundan alemanes y españoles, adueñados en Mazatlán de los principales negocios. A esa hora todo es beber y jugar, y, después de la traspasada, todo el mundo a sus ocupaciones con religiosa puntualidad. La música de los *gallos* suena hasta la madrugada, y proverbial es el lucimiento de los bailes *mazatecos o mazatlecos*, llenos de alegría, elegantes y costosos; y de fama el lujo con que se celebran las fiestas del carnaval, las cuales no ceden en brillo más que a las de Mérida, y con las que sólo Guaymas suele competir en ocasiones.

La afición al juego es desmedida, y año por año, en el Paseo de las Olas Altas, bajo carpas de manta enjalbegada y adornadas con derroche de lujo, al son de las orquestas, entre los gritos de los gallos y el rasguear de las guitarras, los aficionados a Birján son desplumados por los implacables banqueros. Sobre el verde tapete se tienden hasta cien mil onzas mexicanas, y de muchas leguas a la redonda acuden los viajeros a la feria, que es, para los más, motivo de diversión, y para los menos, oportunidad de redondear magníficos negocios.

El Paseo de las Olas Altas es la nota característica de Mazatlán. Dificilmente puede imaginarse un panorama más bello que el del mar visto desde ese punto. Las olas viene a romper con estrépito sobre los escollos que erizan la playa, y eso a toda hora, sin cesar en su ruido ensordecedor, y no tardará ciertamente el padre océano en dar cuenta de esa porción de la costa. Mar adentro, a tres o cuatro kilómetros, dos enormes rocas se alzan muchos metros



sobre la superficie de las aguas y dan otra nota pintoresca al paisaje. Una puesta de sol, desde aquel sitio, es incomparable, y a esas bellezas se añaden las que prestan al puerto, tendido sobre el mar, sus cerros cubiertos de eterna verdura, sus palmeras que le dan el tinte característico de nuestros paisajes costeros, y su vegetación lujuriosa.

La Cordeliere dirigió sus ataques contra las fortificaciones que se empezaban a lazar en Puerto Viejo, a la espalda de la nueva bahía, y nosotros dirigimos nuestras visuales al espectáculo desde el cerro de la Nevería. Tan interesante eminencia estaba cambiada desde muy temprano: ya no se veía en ella rastro de piedras ni de árboles ni de tierra vegetal; todo era sacos de *pongée*, sombreros de Panamá, barbas rubias, sombrillas blancas, pies chiquirritines y piernas... ¡ay, qué piernas, como las que sólo se ven en este Mazatlán de mis culpas!

La mañana era clara, el cielo diáfano, el sol picón y excitante, el chismorreó sin fin. Dos lanchas cañoneras andaban de aquí para allá, haciendo evoluciones de las cuales maldito lo que entendíamos los profanos. De repente se adelanta una de las lanchas y empieza a cañonear el puerto, otra la sigue y una tercera avanza un poco después. Tres cañoncitos de los nuestros se presentan, y a cielo abierto, a la luz del sol, sin prevalerse de fortificaciones ni atajadizos, contestan a las lanchas por sus propios consonantes. De pronto se oye un golpe seco, un crujido, muchas voces; acaba de entrar una bala a la lanchita causándole no se que horribles desperfectos, pues se aleja renqueando con trabajo –dispensa este término terrestre del menos marino de los mortales-



Los mirones aplaudimos frenéticos.

Sánchez Ochoa andaba por allí montado en un caballito negro que daba gusto, y reprendiendo a uno, alentando a otro, excitando a aquel, ora dando vivas a la República, ora dándose a todos los demonios, era el alma de la defensa, el *tu autem* de todo el negocio. Más seguro y más grande habría sido nuestro triunfo si el Capitán Miguel Quintana no hubiera querido rodar personalmente una pieza para activar las operaciones. Una bala de las lanchas contrarias vino de pronto, y en aquel momento, entró por la cajuela, inflamó la pólvora y dejó al buen Quintana ciego y atolondrado. Acudieron a prestarle auxilio y le encontraron negro como tizna de cara y manos, denegrido el traje y el sombrero, sin vista y sin movimiento; pero pronto, seguro y diciendo a voces: -¡Tiren, no ha sido nada; sigan tirando muchachos, que con otra y se van mar adentro los franchutes!

Pero, ¿quién iba a tirar? Tagle yacía en el suelo contuso y maltrecho; habían muerto a un soldado y a un sargento y tres artilleros estaban heridos. Mas tampoco había a quien dirigir los tiros; las lanchas se alejaban dejándonos boquiabiertos a los espectadores, que al fin convinimos en que no había pasado la cosa de un reconocimiento, en que a su costa habían reconocido los franceses que todavía les falta la cola por desollar.

Jueves y Viernes santo, como días de recogimiento los emplearon los piadosos franceses, quizá en azotarse con rebenques, quizás en comer pescados secos, quizás en hacer preparativos para vengar su fracaso del miércoles.



El sábado a buena hora, luego de desayunarme con la calma debida, subí al cerro de la Nevería, donde me dijeron que *La Cordeliere* en persona acababa de arrojar una bomba de ciento veinte libras contra el grupo de trabajadores empleados en levantar fuertes, matando e hiriendo a varios; pero tú ya conoces a nuestros pelados: recibieron el confitazo entre risas, algaraza y vivas a México y siguieron arrancando piedra como si tal cosa.

Entonces avanzó una piececita de a doce, la única que teníamos servible, pues las demás eran tan pequeñas que no alcanzaban siquiera los trescientos o cuatrocientos metros que a ojo de buen cubero me figuro distaría de la playa el armatoste de *La Cordeliere*. Al mirar el cañoncito los de la fragata comprendieron que ya tenían objeto sus tiros, y por seis horas, es decir, desde la una de la tarde hasta las siete de la noche, estuvieron disparando sin cesar, queriendo desmontar la pieza colocada en la playa, la cual estaba en tan mal predicamento, que no respondía a todos los tiros de su contrario porque los oficiales estaban temerosos de que no resistiera por mucho tiempo.

El panorama fue el siguiente: en el mar, la fragata volteando de tiempo en tiempo uno de sus costados y disparando su andanada contra la playa sin conseguir desmontar la piececita; en la orilla del mar, Sánchez Ochoa montado en su caballito negro, impertérrito, quieto, seguro, dando sus órdenes y mirando con absoluta estoicidad los torbellinos de agua y arena que levantaban los proyectiles, ora cayeran en el mar, ora fuera de él; más lejos el cañoncito del cuento haciendo blanco en la fragata



y causándole muertos y heridos; y arriba, más arriba, nosotros, los mirones, el coro, que aplaudía, que gritaba, que silbaba cada vez que se oía el *crac* de la bala del cañón nuestro al penetrar en los costados del buque enemigo.

A las siete *La Cordeliere* disparó su última granada; Sánchez Ochoa mandó preguntar por qué no contestaba nuestra pieza: ya no podía; estaba desmontada; no por los tiros del contrario, sino por los muchos que ella había disparado y por la debilidad y mala construcción de la cureña y los afustes.... Era tiempo: *La Cordeliere* se retiraba humillada y rezongando, y la marea se encargaba más tarde de patentizar el triunfo mexicano arrojando a la playa trozos de madera y de hierro que vinieron a besar nuestras costas juntamente con la espuma del Océano.

Describirte ahora el entusiasmo de las lindas mazatlecas, de los azorados mazatlecos, de tu amigo que esto escribe y sobre todo, el desprecio y la burla de los marinos ingleses y norteamericanos que vieron el caso, exigiría mucha tinta y papel. Los tripulantes de la fragata inglesa *Charibdis* convidaron a Sánchez Ochoa y a su oficialidad a una comida en su barco, y allí pusieron a los pobres franceses de torpes, ignorantes y para poco que daba gusto oírles. ¡Ojalá que pronto pueda enviarte muchas noticias como esta!



El Nigromante.



5

De Fidel al Nigromante

Monterrey, Octubre de 1864.

Sabrás, *Ignacio querido,*
ciertas nuevas de la corte,
que en archivo de grandezas
y colección de primores.
El correo suele decirnos
cómo detonan los bronces,
cómo suenan las campanas
y cómo aquello es disloque.

Delirio, gloria, algaraza,
pero confusión y desorden,
preo lo que no se sabe,
porque pocos los conocen,
es ciertos detalles íntimos
que revelan que se esconde
en lo oculto de esas gentes
—mochitos o sansculottes—
el veneno que corroe
al famoso Juan Almonte
-alias Conde don Julián-
al arzobispo de Opas
(como le dicen por mote a



Pelagio Labastida)
A Salas, Fraundfeld y Vega
y a Schiaffino el de la estrofe.

Aquel Fernando Ramírez
que ha formado un almodrote
con antiguallas y leyes,
con libertad y censores,
acepta ya un ministerio
de los criados antenoche
por su majestad austríaca.

Dicen que le dijo flores
Doña Carlota, que un poco
vaciló; pero que entonces
le cantó Maximiliano
tantos y tantos loores,
que a la postre soltó el queso
el pobre chino, y quedóse.

Siempre me dio mala espina
este ídolo de tezontle
que nada entre las dos aguas
como buen moderadote,
por más que el día de la entrada
no quiso poner faroles.
Yo le compuse hace poco
unos versillos atroces,
e hice otros a una muchacha
que le tiró a los gritones
unos retratos de Juárez,
para que les dieran coces
malas como el chato Salas



*y de Orizaba el buen conde;
allí van unos y otros,
dispénsale los errores.*

Al primer ministro del austríaco, don Fernando
Ramírez, alias *El Chino*.

*¡Oh! tú, fiel anticuario
enemigo del futuro
que tan mal finges lo puro
como bien lo reaccionario.*

*Comendador de Prescott,
de los archivos gusano,
que lo mismo eres cristiano
que adorador de Astaroth.*

*Científico entre científicos,
zurcidor de historias viejas,
que te has quemado las cejas
descifrando jeroglíficos.*

*Especie de raro astrólogo,
que conforma a tu deseo
eres de guardián de museo,
su murciélago, su arqueólogo.*

*De algún ídolo crisálida,
que esperó a la edad dichosa
de salir ya mariposa
aunque sin color y pálida.*



*Para ir a chupar la miel
de alguna regia corola,
y ser gala y gala sola
de algún imperial dosel.*

*Tú, el filólogo, el legista,
el polígloto, el paleógrafo,
el compilador, el geógrafo
que empinó al pobre de Arista:
Tú, el que meneando la cola
ante un ministro de España,
volviste como maraña
la convención española.*

*Faltábase en tu carrera
el indisputable honor
de ser el primer traidor
que obtuviste una cartera.
¡Ministro de Relaciones!
¡Qué más quieres! Tu manía
de ver tu sabiduría
admirar a las naciones!
Por supuesto vas a ver
el figaro del austríaco,
su Minerva, si dios Baco,
y el mentor de su mujer.*

*Con tu erudición perfecta
les vas a probar, en suma,
que el cetro de Moctezuma
les viene por línea recta.
Y por tenerles más gratos
con tan lindo parentesco,*



*en un ídolo grotesco
vas a encontrar sus retratos.*

*Fácil te será trazar
rayas a lo tonto y loco,
para juntar con Texcoco
a Viena y a Miramar.
Luego, las damas de honor
van a ofrecerte sus almas,
y a llevarte entre sus palmas
por gozar de tu favor.
Y he dicho que ofrecerán
sus almas, porque en lo físico,
cuando quieras morir tísico
en coro te abrazarán.*

*La Salas te hará una salva
por tus ojitos azules;
y la Almendaro y la Tules
te acariciarán la calva.
Zamacois será tu vate;
y si te ataca la gota,
te dará Mamá Carlota
sopitas de chocolate.*

*¡Oh, Fernando! ¡hombre de seso!
Camela a la real consorte
y vas a estar en la corte
como ratón en el queso.
¿Quién pensará, voto a tal,
que tanta sabiduría
habrá de servirte un día
de Pierrot de carnaval?*



*Si mueres de reconcomia
en el museo susodicho,
prepara desde hoy un nicho
donde te luzcas de momia.*

*Y así como a la celada
del primer conquistador
le diste un lugar de honor
en tu mansión empolvada.*

*Do los ídolos están
entre un millón de trebejos
tan rotos sucios y viejos
que hasta compasión me dan;
prepara un escaparate
o la estaca de una mona
para poner la corona
del madrugador magnate.
Y agrega en el gran registro
de aquel antro sepulcral,
esta diadema imperial
velada por un ministro
Que a manera de veleta
vivió en el pícaro mundo,
con talento tan profundo
que al fin perdió la chabeta
y se hizo traidor inmundo.*

A la Niña Barreda, lanzando en un vitor el retrato de Juárez para que le hicieran pedazos.

*Niña tierna, que en la aurora
de tus infantiles gracias,
eres volcán de entusiasmo*



*y eres de venganza llama;
cuando miré tus arranques
y tu saña arrebatada
dije para mis adentros:
¡Vitor! El refrán no falla:
De tal palo tal astilla y
tal fruta de tal rama.*

*Torna mi mente a los tiempos
del libertino Santana
cuando era el palacio nido
de venenosas tarántulas,
donde Birján era el ídolo
y do a Baco se adoraba;
en que rufianes y tahúres
decidían de la patria
y la renta del tabaco
era de tu abuelo ganga;
en que siguiendo el adagio
que dice con eficacia:
Un clavo saca otro clavo
tu mamá desventurada
halló a Barredas de alivio
de los males de Santana,
y un cojo sacó a otro cojo
de un piélagos de desgracias;
así el tafetán nos cura
del desliz de la navaja,
y a la irritación suceden
el mucílago y las malvas;
así a modista incipiente
le presta el disfraz la máscara,
y en el carnaval alterna*



con la nata de las damas.

*Tú papá, que no es un ave
que se ande siempre en las ramas,
entra en el Ayuntamiento,
los archivos desbarata...
mete el garfio, y el origen
se encuentra allí de tu casa...
Ya miras que en mamotretos
dos fuentes así no se hallan,
de una nobleza más limpia
y de una mujer prosapia;
que si quitas las carrozas,
las plumas y las espadas,
quedarían en sus hechos
medio diente con la Paca.*

*¡Oh! si te bulló la sangre
al mirate en la algaraza
y dijiste: al agua patos
y alborotamos la frasca...
¡Ni más ni menos tu
gritaba Paz Octaviana,
llevando do quiera a su hija
que Octaviana se llamaba...
para ver quien Paz quería,
para consuelo de su alma!*

*La gente de honor,
si mira tras de su cuna la mancha
con santa virtud la borra,
y con virtudes la lava...
pone su conducta pura*



sobre la desgracia triste,
 y respetuosa la historia
 tal vez enmudece y pasa....
 Pero tú dijiste: guindas
 echemos a la tarasca,
 y sus ... a la mar pelillos
 que soy del imperio criada;
 y pepenaste de Juárez
 llena de furia la estampa,
 la misma que con tu padre
 liberal se acreditaba,
 para no entregar los bonos
 cuando redimió su casa.....

Al hereje monarquista
 háganle trizas, muchachas.
 Y al muñeco enfurecido
 contunden y descalabran;
 y una pincha sus narices,
 otra rompe sus quijadas,
 como al hígado gritando
 de chicos una parvada,
 papelote derrotado
 destroza con algaraza...
 Así en las misiones antes
 un lienzo el padre arrojaba
 con el demonio pintado
 para terror de las beatas.
 ¡Y qué sustos y qué glorias!
 Qué aspavientos y qué zambra!

Más preguntando al demonio
 un fraile que por qué causa



en una misión más quieta
 tan de mal humor estaba
 le respondió echando chispas:
 Porque no me han hecho nada.
 Ya Juárez tiene ictericia,
 y está de luto su causa...
 Fidel, ardiendo de envidia
 Porque no le han hecho nada.

Pero cobra aliento, niña
 otra estampita, muchacha,
 Micahud las tiene de sobra
 en un rincón rezagadas,
 por si quisiera la suerte
 que se vengue la canalla,
 y prepara de otro templo,
 con otro puro otra trampa.
 Aliéntate, que mil veces
 te dirán: ¡Bravo, muchacha,
 de tal palo tal astilla
 y de tal fruta, tal rama!





6

Del Nigromante a Fidel

Mazatlán, octubre del 1864

Mi querido Fidel; pensaba envolverte la noticia en algún bomboncillo agradable y comunicártela en dosis homeopáticas, a fin de que cuando te enteraras ya estuvieras de mi parte y me aplaudieras con pies, manos, anteojos, melena hirsuta y vestido grasiento; pero yo soy de esas personas que, cuando reciben encargo de preparar discretamente a alguien para hacerle conocer la muerte de un deudo, no saben decir más que *ya se murió*, sin otra perífrasis ni circunloquios, Por eso te espeto la nueva sin preámbulos ni exordios, y aquí la tienes: conspiro.

Sí, Fidel, conspiro con todas mis fuerzas. ¿Contra los franceses? No, hombre; conspiro contra don Benito, que se ha empeñado en salvarnos de la invasión y que se porta, por sí y por apoderado, con una poltronería que da grima.

Y no me salgas con retóricas, ni te alces los pantalones con los codos, ni te acomodes los anteojos, ni prepares una de tus frasesotas de efectos diciéndome que eso es desgarrar el manto sagrado de la patria, y ayudar al invasor, y extender la discordia entre hermanos, y todas esas cosas que expectoras en los clubes y en la cámara cuando hay Cámara, dinero



para pagar las dietas y ganas de discutir.

Conspiro contra un tal García Morales, o mejor dicho, conspiré, puesto que ya está fuera del gobierno y que colocamos en el puesto, como ya te figurarás, a mi querido Rosales, a quien, quizás por ser invención mía, considero más capaz de enderezar las cosas de la guerra en este rumbo. García Morales es un excelente sujeto, honrado, servicial, atento, generoso y amante de cumplir con la ley. ¡La ley en estos tiempos y en estos rumbos! Por su gusto, ni un vista se haría de la vista gorda, ni un administrador de aduanas se distraería con los fonos de su oficina, ni un abogado robaría a sus clientes, ni una mujer engañaría a su marido (y por aquí hay algunas que dan en esa pícara manía), ni un escribiente faltaría a su oficina, ni un cura a su iglesia, ni un escribano a su notaría. Pero, en cambio, amigo mío, de nada sirve, nada prevé, nada organiza, nada entiende: es la estatua del comendador encargada de echar a los franceses; es uno de esos maridos comineros que con tomar las cuentas a la cocinera, limpiar la jaula del sensontle y enseñarle al perico el *Santo Dios*, creen cumplir largamente con su deber.... mientras el vecino se mete a la recámara convertido en Marte y le convierte a él en Vulcano y a su conjunta en Venus. Y como en nuestro interés está que los franceses no *vulcanicen* la República, propuse a estos bravos guerreros que le echaran una zancadilla al buen Señor García Morales y le mandaran adonde no hiciera daño. Rosales aceptó con alborozo; creo que hasta se enrojeció su piel amarillenta por la ictericia, y brillaron sus ojos, en que dormitaba la luz de un verso hondo y sentido, aunque cojo y maltrecho. Corona no fue tan fácil de

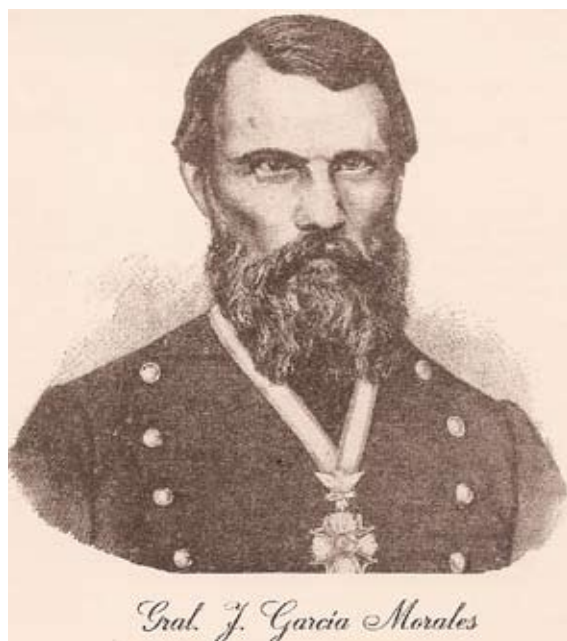


convencer; le repugnaba el cuartelazo, la infidencia y el pronunciamiento. Yo me reí de sus escrúpulos, le demostré que no se peca en materia grave deshaciendo las hechuras de don Benito; pero él se resistía y acabó por ponerse no se cuántos paliativos que le resultaron tan eficaces como las cataplasmas que se le ponen a un difunto. Al fin accedió y la cosa quedó arreglada y concluida. García Morales ya no es gobernador y lo es, Antonio Rosales.

¡Qué berrinches van a hacer todos ustedes, los que cercan al grande hombre!

Tuyo,

El Nigromante.





Mazatlán y octubre de 1864.

Fidel, muy querido: pocas novedades, y las que hay son viejas; por eso voy a entretenerte con algo que me acaban de contar Alfredo Chavero y Nacho Altamirano. Chavero ha recorrido un itinerario más largo que el de los cruzados y ha hecho más hazañas que el mismo Godofredo, cuya historia, contada en bellísimas octavas por el Tasso, llevaba en la mano cuando le vi embarcarse en Guaymas. Ha sufrido la fiebre amarilla en Colima, ha tenido dos o tres comisiones tremebundas de don Benito y las ha llevado a cabo con un ardor que ni le envidio ni me considero capaz de emular; ha luchado con don Plácido Vega y ha hecho a sus veinte y tantos años más que muchos que ya están chochos o chocheando.

Altamirano ha compuesto poemas, ha dicho discursos, ha sobornado tropas, ha visitado a don Juan Álvarez procurando demostrarle que debe hacer la guerra con sus pintos y, lo que es más grave hijo mío, cosa que no haremos ni tú ni yo, se ha alistado en las filas y anda disparando tiros donde quiera que hay ocasión de enviarlos a un pecho francés o a un rostro tiznado de traidor.

Pues bien, estos muchachos me refirieron de



sus odiseas cosas que bastarían para llenar varios tomos de sabrosa lectura; pero como muestra cojo un botón, que es de rosa exquisita.

¿Te acuerdas, Fidel, de un licenciado pelantrín, tragón de pulque, gordo, extravagante y chistoso? Cuando Arista tuvo por aquí no se qué dares y tomares con Pomposo Verdugo, que era el gobernador, le enviaron a la metrópoli atado codo con codo. Tiene el nombre más largo de México, pues se llama Blas José Gutiérrez Flores Alatorre, y es capaz de alborotar un panteón, de volver locos a los siete durmientes, de calumniar a la Venus de Canova, de procesar al caballo de Carlos V y de matar a media humanidad a puras impertinencias.

Blas recorre estas tierras con la comodidad que recorrería la calle de Plateros, y hace y ha hecho una cantidad tal de chistes y locuras que crearás que me burlo de ti si llego a contarte la cuarta parte de ellas. Cuando empezó la invasión, Blas llegó a San Luis, y tras besar las manos de don Benito y pedirle su paternal bendición, se metió por los vericuetos de la Sierra Madre, sin más aperos que sombrero ancho de pelo de conejo, chaparreras de cuero de chivo, chaqueta de pelo de astracán y armas de agua, vaquerillos y tientos con todo y pelo: parecía un oso montado a caballo. Pero no era tal oso ni nada que lo valiera, sino un enviado del Gobierno de la defensa nacional, que llevaba y traía mensajes sin más interés que prestar servicios a este pobre país que tanto ha sufrido por causa de sus servidores.

Unas veces dormía Blas en lo alto de los picachos relucientes de nieve; reposaba otras en el fondo de barrancos surcados por arroyuelos mise-



rables; hoy pedía hospitalidad en un rancho de tres jacales y al día siguiente tendía sus chivarras al abrigo de unas ruinas que dejaron los aborígenes. Y trepando montañas, bordeando desfiladeros, vadeando ríos, sufriendo un sol que parecía fuego y un aire que rasuraba como navaja de Rodger y una lluvia que penetraba al cuerpo como si fuera un puñal buido y un calor que entorpecía las facultades y acababa con las energías, el intrépido viajero llegó un día por aquí haciendo reír con sus hazañas a cuantos querían escucharle.

-¡Todos son, les decía a Chavero y a Altamirano, pues yo no pude gozar de ese espectáculo porque había ido a San Francisco a convencer a Rosales de que debía volver por acá; todos son, gritaba a voz en cuello, falsos como una peseta de plomo, traidores como un estilete y venenosos como la cavalonga; no queda más hombre honrado que yo!

Altamirano, Chavero, Ángel Hermosillo y Anaclito Herrera y Cairo, que llevaban armamento y órdenes para Uraga, se embarcaron en Mazatlán en la goleta nacional *Colima*. También Blas tomó pasaje en el navichuelo decidido a llevar sus chaparreras hasta la otra extremidad del mundo. De mujeres sólo iban dos: la linda suriana con quien nuestro Nacho acaba de casarse, y una muchachuela agradable y locuaz llamada Teresa. Margarita Altamirano era fruto prohibido; así pues, las atenciones de todo se consagraron a la veleidosa e inconstante Teresa, que aceptando hoy a uno, lisonjeando mañana a otro y el día siguiente burlándose del de más allá, les tenía a todos frita la sangre en términos que ya amenazaba un rompimiento.



Obrando Blas como precavido, señaló un *modus vivendi*, que consistía en el compromiso que todos contraían de no cortejar a Teresa, aunque estuvieran muriéndose de amor por ella. Los dos primeros días todo caminó admirablemente; pero al tercero notaron que el capitán miraba con impaciencia hacia el Sur, que pasaba el catalejo a su segundo, que éste confirmaba lo que el primero parecía sospechar, que discutían ambos y que por fin señalaban un puntito oscuro que aparecía en el horizonte y que se volvía mayor a medida que más se avanzaba.

-¿Qué mira usted, capitán? ¿Se puede saber qué discuten usted y este oficial? Preguntó Blas con curiosidad.

- Aunque yo no quisiera que ustedes lo averiguaran, lo sabrían a poco rato: parece que se acerca un barco de gran porte y que viene a darnos caza.

- ¿A nosotros?

- Los que vestimos y calzamos.

-¿Y será barco francés? preguntó una de las señoras.

- O yo me engaño mucho, respondió el segundo de a bordo, o es *La Cordeliere*, que debe haber tenido soplo de nuestra salida, del cargamento que llevamos y de nuestro destino.

No se había equivocado el oficial: manchando el azul del cielo con el humo de sus chimeneas, que parecía un rebaño de ovejas negras que caminaran por el aire; acezando como titán obeso que llegara tarde al punto de cita; perfilando claramente sus chimeneas elevadas, sus velas morenas y su casco oscuro, y levantando un torbellino de rizada espuma, aquellos



cuidados mortales pudieron ver las fatales letras de *La Cordeliere*, que pusieron carne de gallina hasta a los pechos más animosos, menos al broncíneo de Blas, que parecía hecho aprueba de emociones.

No habían podido discutir mucho los infelices pasajeros, cuando una bala de cañón pasó destrozando algo de la obra muerta y causando estragos en el aparejo....

-¡Arriarla!.... gritó violentamente el sobrecargo a un grumete señalándole la bandera.

- ¿Qué se va a arriar? Preguntó frenético el hombre de las chaparreras de chivo.

- La bandera, le respondió Chavero, pues ninguno de los del barco era capaz de responder a semejante pregunta.

Blas vio ondear en lo alto el gallardete con su significativa tricomía, contrastando con el azul del cielo, como hecha para el mar en calma, con su flexible elegancia que parecía impulsar el barco en vez de las velas que zumbaban agitadas por el viento.

-¡Ese trapo no se baja!... ¡no hay que arriar la bandera!, gritó con voces de energúmeno el excelente Blas.

-¡Calle usted, so bestia!, le dijo un marinero de malos modos.

-¡No me callo, vociferó otra vez el licenciado de las chivarras de *guangoche*; no me callo, *jijos de la tiznada!*

Y disparó contra la embarcación enemiga un pistolón Lefauchaux que portaba al cinto.

Ya era tarde: cincuenta o sesenta marinos franceses estaban en la cubierta del *Colima* y cogían presos a los expedicionarios.



-¡Yo no me rindo!, gritó Blas bajando a toda prisa con el revólver en la mano.

Un francés disparando contra el loquinario, que bajaba ladrando a voz en cuello:

-¡Voy a volar la *Santa Bárbara!*... Verán lo que hace.... un mexicano... de vergüenza.

Pero sucedió lo que tenía que suceder: a los primeros escalones Blas se derrumbó caun largo era y el gabacho pudo cogerle sin mucho trabajo.

-¡Pícaros, canalla.... infame canalla!, balbuceaba el vencido pero no domado jurisconsulto. Tienen miedo a los mexicanos... ¡Cochinos... que se vengan a ... a luchar conmigo.... sabrán quién es Blas José Gutiérrez Flores Alatorre!... ¡Que venga a luchar conmigo, a solas, en singular combate, el que se considere bueno!... ¡El que se considere valiente, verá que aquí hay quien le de hasta debajo del alma!...

Nadie hizo caso de los últimos jadeos de Blas, que fueron acompañados de una enorme cantidad de insolencias peladunas.

- Señores, gritó al poco rato un oficial francés, el comandante me manda decirles a ustedes que les pone a elegir entre ir a la Martinica y pasar a poder de Lozada.

Altamirano, que hacía de dragomán, repitió el tranquilizador mensaje y, Gutiérrez, poniéndose en pie, gritó con un ademán trágico:

-¡Que nos fusilen a todos!

-¿A todos, Blas? Preguntó uno de los presentes. Fíjese en que hay señoras.

- Aquí no hay señoras, ni señores, ni nada... aquí no hay más que mexicanos.... ¡A volar la *Santa Bárbara!*...



No acababa de decir aquello cuando un par de negrazos le cogían por las espaldas y le llevaban a empujones hasta *La Cordeliere*.

-¡Infames, gritaba Blasillo convulso de rabia, infames! ¡ya me las pagarán todas! Quisiera que alguno fuera bastante hombre para batirse conmigo.... conmigo, sí, cuerpo a cuerpo, a pecho descubierto.... Ya verán....

Y volvía a su tema cien veces, lo mismo cuando le encerraban en una cámara de marineros, que cuando le llevaban la menestra y cuando se topaba con cualquiera de sus compañeros.

Al día siguiente los trasladaron al *Colima*, donde estuvieron tan libres como antes, con la sola diferencia de que en esta nueva ocasión iban pendientes de una guindaleta y remolcados por *La Cordeliere*.

Uno de los días de aquella eterna navegación, cuando el cielo estaba más tranquilo, empezó a soplar un viento retozón, que a poco se convirtió en vendaval desecho; el día se oscureció como si le hubieran metido en tinta; la mar alborotada escupía hacia el cielo emborrascado el frágil armadijo del *Colima*; las dos señoras lloraban encomendándose a Dios; los hombres permanecían callados, de barriga sobre el entrepuente.... No tardaron en anunciar que el buque hacía agua, que no tenía gobierno, que solo les salvaría el poderoso apoyo de la fragata, hecha de seguro a soportar estos malos ratos... Los presos se pusieron a la brega, unos a las bombas, otros a cuidar el velamen, los otros a ayudar en sus tareas a la marinería; pero al fin, rendidos de hambre, de fatiga, de tristeza, mareados, hambrientos, enfermos, se



tendieron en donde la fortuna les deparó, aguardando el momento de ahogarse....

Al amanecer despertaron en una radita pacífica y de fácil acceso; el día era tranquilo, la mar de leche, el sol picante, el calor fuerte. Esfumábase entre el vaho azulino del Océano una costa vaga, cerúlea, ornada a trechos de árboles de un verde oscuro que se desvanecía en las montañas que servían de término al paisaje.

-¿En dónde estamos? preguntaron.

Pero no había quién les diera razón, ni tenían manera de desembarcar, pues no había ni un mal bote pendiente de los costados del pobre *Colima*, que por su salvación le debe un retablo a la Virgen de la Soledad de Santa Cruz. Al fin aparecieron dos canoas que se acercaban al buque preguntando si había carga que desembarcar.

-La había, dijo uno de los pasajeros, mas ahora la guarda el buque que nos conduce.

-¿Qué buque?

-El que nos remolca.

-No hay buque ninguno.

En efecto, *La Cordeliere* había desaparecido; roto el cabo que sujetaba los dos barcos, cada uno había tomado su ruta.

Pintarte el contento de los náufragos, referirte sus comentarios, reseñarte sus proyectos, sería cuento de nunca acabar; basta que sepas que a poco desembarcaban en Chamela, puertecito de Jalisco, que allí comían, descansaban, se tranquilizaban y seguían su camino. Blas, que no había abandonado ni un instante *las de chivo*, se plantó en tierra satisfecho y empezó a comer, sin decir palabra, los plátanos que



Ignacio Ramírez —————
liberalmente le brindaban aquellos árboles.
Lo que sucedió después merece carta separada,
que te enviaré puntual.

Nigromante





Mazatlán y Noviembre de 1864

Fidel de mi alma: como decimos no se qué día de estos, nuestros amigos llegaron sanos y salvos, aunque no secos y hartos, al famoso puerto de Chamela, que probablemente no has oído mentar nunca, a pesar de todas las ocasiones que has sido ministro. Llegaron, y luego trataron de internarse en tierra de Jalisco, pues les importaba evitar la persecución de los imperialistas. Contarte como cuatro de aquellos desgraciados se vieron en la precisión de comer coquitos de aceite por todo alimento, y cómo tuvieron que hurtar las acometidas de los tigres, las celadas de los deseosos de congraciarse con los traidores y las oficiosidades de los amigos, sin duda que te obligaría a componer una oda morrocotuda, y yo, que no quiero tan mal a las patrias letras, pongo punto en boca, temiendo que con tan ligeros apuntes te desepites y nos des un rato de órdago.

Altamirano, la bella Margarita y el buen Chavero se embarcaron en el primer patache que pasó por aquí. Nacho, que es grandilocuente y bien hablado como tú le conoces, me dijo con trágico ademán:

-Dejo el terror, la intriga y la codicia a mis espaldas; el pobre Guillermo está indignado. Desde que salió de México ha visto muchos jugadores y



pocos caudillos. Esta agua me va a llevar a Acapulco, a mis costeros, donde no se ve una baraja sino para velar la primera vista del combate o para celebrar la victoria. Permanecemos firmes, independientes, y si el viejo se acuerda de que fue el colaborador de Guerrero, moriría con gloria; a Diego toca esa herencia de lucha, de inmortalidad...-

Los otros expedicionarios... los otros expedicionarios pasaron penas y horrores que vale la pena que te enteres.

Blas empezó a notar a las primeras de cambio, que el general Herrera y Cairo faltaba al compromiso acordado: enamoraba a Teresa y lo que era peor, ella parecía recibir bien las amabilidades del simpático mozo. Lleno de cólera, de ira, de despecho, de rabia, el chistoso papiniano llamó aparte al general y le dijo:

-Parece que usted enamora a Teresita, y que ella....

-Ella y yo hacemos lo que nos da la gana, contestó el otro, que cabalmente traía la panza llena de copas.

-Es que...

-¿Es qué?

-Es que hay un compromiso pendiente y....

-¿De qué compromiso habla usted, señor menguado?

-Del que contrajimos de no enamorar a Teresa, señor altanero.

-¡Eso acabó ya, hombre de Dios!, exclamó Herrera riéndose en las barbas del licenciado.

-Pues entonces... me considero hábil para decirle lo que me parezca.



-Si, hombre, dígaselo usted, que no dudo irá a caer rendida ante sus chivarras.

-Mis chaparreras no tiene que ver en el asunto.

-En el asunto tiene que ver toda las persona de usted, que es de lo más cómico. Usted cree que va a pasar a la historia con todo y chaparreras.

-Lo que yo crea o deje de creer poco le importa a usted.

-Y tan poco, que le dejo a usted allí plantado y diciendo impertinencias.

-¿Impertinencias? Vea cómo habla, señor general; creo que eso no me lo repite usted en lugar solitario...

-Solitario y poblado, como usted lo desee.

-Le aguardo esta noche en el cementerio.

-Estaré puntual.

Anacleto Herrera y Cairo siguió bebiendo como una cuba: Blas José Gutiérrez Flores Alatorre fue a hacer sus aprestos de guerra, y para el efecto reunió todas las pistolas, sables, fusiles, mosquetes, yogas, bocamartas, tercerolas, trabucos, pólvora, balas, corta dillos y municiones de agua y balero. A las nueve llegó al panteón del pueblo de la Purificación, punto donde pasaban los hechos de esta verídica historia. Depositó cerca de una tumba todo su arsenal, y se sentó a guardar a Anacleto, que en aquel momento se desprendía de los brazos de Teresa y se echaban entre pecho y espalda la trigésima novena copa de rojeño. A las doce llegó el general, y empezó a trepar la tapia del panteón, sin pensar que el otro estuviera allí. La noche era tan negra como la conciencia de Almonte; los árboles cuchicheaban no se qué cosas al acercar



sus copas, y luego de hacerse largas reverencias se separaron murmurando y decididos a no acercarse más... Otro golpe de viento les unía, sacando de sus hojas un zumbido monótono que se prolongaba hasta los más distantes cerros lejanos, devolviéndole centuplicado y ampliado hasta causar terror.

En medio de aquella negrura Blas distinguió o creyó distinguir un bulto que se deslizaba por la pared.

-¿Quién va? Preguntó con voz de fagot.

-Yo voy, jijo de la....

-Pues tenga, tal por cual....

Y empezó a disparar tiros en la dirección que oía las voces.

-Ahora verás, chivarrudo indecente, respondió Anacleto fusilando a las pobres cruces, pirámides y obeliscos del cementerio.

Como un cuarto de hora duró el fuego graneado, hasta que Herrera cayó herido.

-Levántese compañero, que mi honor ya está satisfecho, exclamó Blas con hidalguía.

-¡Muela a su madre, desgraciado!, rugió Anacleto disparando el último tiro de su arma.

Pero como no hizo negro (que blanco no podía hacer) se entregó en manos del vencedor, que lo condujo hasta el pueblo poniéndole en manos de Teresa.

Y en manos de Teresa le dejaremos para que la otra tenga algo famoso que referirte: *paulo majora canamus*.

Tuyo

El Nigromante



9

Del mismo al mismo.

Guaymas, Febrero de 1865.

¿Te acuerdas de aquella octava real de mi invención?

Miré a los de Sonora. Tienen llena de harina cada bolsa. Es su pinole; su desayuno, su comida y cena; su agua fresca, tortilla, pan y atole; a veces comen carne, pero ajena; les gusta asada, y para boda en mole. Más ilustrados son en Sinaloa; suelen comer la carne en barbacoa.

Pues sujeto al régimen de pinole me encuentro, Fidel amado, sin que me consuele del apartamiento de la carne más que la consideración de que siendo uno de los enemigos del alma debo abominarla como a mis propias culpas. Pero aquí no se trata de alimentación, sino de algo mejor que el pan y que todos los productos de la naturaleza y de la industria.

Se trata, ¡Oh Fidel! De una batalla ganada, de una batalla en que hemos obtenido algo que no sea un parte rimbombante, una comunicación de machote, varios ascensos y una derrota efectiva, entera y verdadera. Rosales, aquel Rosales de quien te he hablado tantas veces, acaba de dar una zurra hache



a los franceses, que llegaban más *bombásticos* y más faroleros que nunca.

Ya sabes que Mazatlán se encuentra desde los fines del año anterior en poder de la canalla; el Estado de Sinaloa, excepto unos cuantos puntos que poseen los republicanos, es de los amigos del austríaco; en Culiacán mismo se cantaba, aunque a la chita callando y sin grandes aspavientos por no irritar el geniecillo de Rosales, lo mismo que pones tú en boca del famoso son Fadrique:

*Te abraza el güerito, me alegro infinito;
¡Ay, hija, te pido por yerno a un francés!*

Ya se alistaban los lechos para que descansaran los simpáticos aliados; ya se cortaban las flores que habían de ceñir sus frentes de héroes; ya se restregaban las cacerolas en que habían de cocerse los potajes con que habían de relamerse los encerados bigotes, cuando Rosales se levanta un día sabiendo que acaba de desembarcar una expedición en Altata. Alista sus soldados (no pasarían de trescientos), recluta otros cien entre aguadores y vagabundos del lugar; se pone al frente de ellos, y diciéndoles: *Muchachos, voy a defender a la patria; el que quiera seguirme que me siga*, sale rumbo a Altata sin saber cuántos iban tras él ni si había servido de algo su discurso.

La mañana del 22 de diciembre las dos fracciones de tropa estaban frente a frente: Rosales tenía en el centro de su batalla cuatro piecitas de montaña, enfilando el camino carretero un pequeño trozo de infantería; a la izquierda estaba el *Batallón Mixto* que mandaba Jorge García Granados con dos cañones



más; a la derecha estaba el llamado *Batallón Hidalgo*, mandado por Ascensión Correa. La caballería quedó en reserva. Los franceses contaban con traidores y argelinos de los más viejos y valientes, y eran por todos quinientos hombres. Su seguridad de la ganancia era tal, que conducían impresas las proclamas que habían de dirigir a los culiches o culiacaneros –que de las dos maneras les llaman las historias- luego de entrar a su tierra.

El tiroteo duró como media hora; pasada ésta ordenó Rosales una carga a la bayoneta; su disposición se cumplió sólo en parte, pues muchos de los peladitos reclutados a última hora arrojaron al suelo los fusiles... ¿Para correr? No, para luchar cuerpo a cuerpo con los feroces argelinos, que les excedían en habilidad para manejar el fusil, pero no en fiereza ni en ardor. La carga, sin embargo, fue decisiva; los franceses empezaron a perder terreno y cuando ya retrocedían, el empuje de los dragones de Tolentino completó la derrota.

Los franceses tuvieron cosa de trescientos prisioneros, más de cincuenta muertos y heridos, y cayeron en poder de los nuestros el Comandante Gazielle del *Lucifer*; siete oficiales más, una bandera, armas y municiones y muchísimas cruces y cintas. De los traidores escapó aquel tipo bulle bulle, metesillas y sacabancas de Jorge Carmona a quien bien empleado le habría estado tener una entrevista a solas con Rosales.

Lo curioso, lo más curioso de todo, es que después de esa batalla entraron a Culiacán más prisioneros que vencedores. Me parece que no ha habido en el mundo muchas refriegas así.



Hubo en la batalla rasgos curiosos: el capitán Martín Ibarra consiguió lazar una pieza de artillería y llegar con ella hasta el campo republicano.

Un zuavo quiso besar la mano de Rosales, y el héroe se rehusó diciéndole: ¡Quite usted! En mi país no se acostumbra besar la mano a los hombres.

Un francés, rendido ya, disparó su pistola al teniente Coronel Granados hiriéndole en el estómago. Sabiéndolo Rosales, mandó pasar frente a Granados a todos los prisioneros, decidido a castigar con la muerte al que había herido a traición a su compañero:

-No está, no lo veo aquí, dijo Granados.

Después se supo que si se hallaba presente el heridor y que el generoso Granados no le denunciaba por evitar su muerte.

El veintitrés de diciembre se levantó el campo, conduciéndose a los prisioneros, que en efecto entraron a Culiacán *en medio del regocijo de la población* como ellos anunciaban en sus proclamas.

El ejército vencedor llevó en hombros y con todos los honores de la guerra el cadáver del Capitán Fernando Ramírez, que murió valientemente al dar la carga a la bayoneta.

Ya ves, Guillermo, cómo no todo ha de ser pierde, y cómo alguna hemos de ver los mexicanos. El triunfo de San Pedro nos venga de muchos fracasos, y a mi me pone (por lo menos ante tus ojos) como un profeta mayor, es decir, de los que aciertan algunas veces; que de los menores, esto es, de los que se equivocan siempre, ya lleva tiempo de ser tu regocijado y satisfecho.

Nigromante



10

Del mismo al mismo

Guaymas, 1865.

Viejo muy querido: basta ya de hazañas épicas (no hípicas como las de ustedes); ya no quiero diferirte triunfos, vergüenzas, rasgos de valor, desfallecimientos y cobardías; todo eso está de más, ya que poco se consigue con ello.

Ya no quiero ser cronista de Rosales, quien me tiene arrumbado por estas tierras por el celo indiscreto —ya que no la ambición declarada— de sus émulo partidarios. Ahora voy a hacerte un poco de historia particular de este pobre desterrado, cojo como Tirteo, olvidado como Scipión y pobre como... tantos pobres que en el mundo han sido.

Hace quince días estaba en el pueblo de La Noria; había caído en mis manos un ejemplar de la edición de los *dezires* del Archipreste de Hita, y me reía para mis adentros hallando que no discrepo mucho del retrato que el desenfadado poeta hace de su persona:

*Sennora (diz la vieja): yol veo a menudo,
el cuerpo ha bien largo, miembros grandes, trefudo,
la cabeza non chica, belloso pescozudo,
el cabello non muy luengo, cabel prieto, orejudo,
las cejas apartadas prietas como el carbón,
el su andar enfiesto bien como de pavón,*



*su paso sosegado es de buena razón,
la su nariz es luenga, esto le descompón.
Las encías bermeias, et la fabla tumbal,
la boca non pequenna labios al comunal,
más gordos que delgados bermeios como coral,
las espaldas bien grandes, las munnecas a tal;
los ojos ha pequennos, es un poquillo bazo,
los pechos delanteros, bien trefudo el brazo,
bien complidas las pieras, del pie chico pedazo.*

Y he aquí que sigo leyendo, y que cuando llego a aquello de:

*De talle muy apuesta, de gesto amorosa,
donegil, muy lozana, plascentera et fermosa.
Cortés et mesurada, falaguera, donosa,
graciosa et risuenna, amor de toda cosa,
la más noble figura de cuantas yo haber pud....*

miro la figura más bella de mujer que he visto en mi vida; blanca, de pelo castaño, de ojos azules, graciosa, bien proporcionada y con unos andares, con un modo de hablar y con un chiste en los ademanes y un brío en las actitudes y un gordo que no se con qué compararles.

Pasó acompañada de una vieja gorda que en los tiempos de Pedraza no ha de haber estado del todo mal, y de un viejo con cara de susto, que al ver que me fijaba en la muchacha me miró con un ademán de reto y blandió un roten que portaba en la mano derecha como diciéndome: *atrévete y verás*.

¿Quién es esta preciosa criatura? ¿Es hija del



Ignacio Ramírez

par de vejestorios que andan cosidos a ella como la sombra al cuerpo? No lo creo; habría que suponer que el padre Dante era profeta y que para el caso habría escrito aquello de

Candida rosa nata in dura spina

¿Es una hembra del partido? Imposible; ella parece más bien

Fija de algo et de alto linaje

como dice el poeta de mi cuento.

¿Es...? ¿Qué se yo lo que es? Pero si se nota a legua que no procede de esta tierra, donde sede las señoras más encopetadas hasta la última hembra de las que trafican en las Olas Altas tienen un aspecto así, arrestado, provocativo, insinuante.... y diré la palabra para que no se me indigeste, encantador. Pero como las últimas son demasiado burdas para mi y las primeras se reservan para los alemanes o americanos que ocurren a estas felices playas, me resigno a mi abandono y sigo con las conjeturas.

Si no temiera que te burlaras de mi y que pensaras que estaba yo enamorado a lo tonto, te diría que me parece la muchacha una figura mística, un modelo de hada, de ondina, de ser misterioso y vago que me hechiza y me produce escalofríos....

Hasta otra, Guillermo mío; a ver si para entonces ya se calmó un poco el ardor que ahora siente

El Nigromante.





11

Del mismo al mismo.

La Noria, 1865

Hijo mío, Guillermo: reina la paz en Varsovia: he hablado con la ninfa y la encuentro más bella, más interesante, más donosa y más delicada que nunca.

¿Y quién piensas tú que es el vejestorio que le sirve de rodrigón? Pues nada menos que nuestro amigo, el licenciado don Germán Caballero de los Olivos, excelente ciudadano que amaban Payno y Lafragua, que aceptaba don Benito y que no dejaba de mimar el jesuitón de Lerdo. ¿Ya le recordaste? Sin duda que sí y si no, te diré que él fue quien empezó el proceso de los asesinos de Cañedo, el que acompañó a Arista hasta Nanacamilpa y el que les peroró a las turbas el día que Juan José Baz se erigió en el atrio de la Catedral como la estatua ecuestre de la despreocupación.

¿Ya le recordaste? Yo no guardaba ni memoria de su persona; pero al verme pasar él se fijó en mí y ahora fue a hablarme y a ofrecerse muy servidor mío.

La vieja es mujer de Olivos y la niña es su nuera, porque está casada con un hijo del licenciado.

Y vaya que se presentan casos en este mundo: ¿de quién te figuras que es mi adorada cercanísima pariente? Pues de Jecker, hombre, de Jecker, del



Ignacio Ramírez

famoso Jecker; la pobre se casó con el chico de Olivos, mediante no sé qué sucesos melodramáticos, y como Germán tuvo vergüenza y se salió de la corte, ha andado con todo y nuera buscando alguien que se apellide republicano y de buena o de mala manera a fin de ofrecerle sus servicios y su persona. Ha andado ya por San Luis, por Jalisco, por Michoacán y ahora está aquí, pues el muchacho se halla al lado de Corona.

Yo voy a ver si le quiebro el ojo al diablo y si dedicándome a amar a tan bella criatura, consigo que ella me quiera un poco.

Esas esperanzas sostienen a tu amigo,

El Nigromante.





**Cartas Nigrománticas de Ignacio
Ramírez**, se diseñó en Creativos7editorial
Enero 2010.